

Vicisitudes de la integración latinoamericana y éxitos de la integración europea a fines del siglo XX

*Francisco Dávila
Rosa María Piñón*

Resumen

El artículo analiza la estrategia integracionista que recientemente han adoptado los países latinoamericanos, al tiempo que aborda las dificultades que esta estrategia implica a fines de siglo XX, haciendo especial mención a México. Este análisis se realiza con referencia a los éxitos alcanzados por la integración europea, en el actual contexto a nivel mundial.

Abstract

The present article analyses the integrationist strategy hold today by the latinamerican countries. At the same time studies the difficulties of this strategy at the end of XX century, making special mention on Mexico. This work is made respect the succesful on european integration process.

El trabajo tiene como objetivo discutir de modo sucinto la estrategia integracionista adoptada por los países de América Latina y las dificultades que ésta entraña a finales del siglo XX, haciendo especial referencia al caso de México; todo ello, a la luz de los éxitos alcanzados por la integración europea en el contexto de los cambios profundos que se han venido presentado en el último cuarto del siglo.

Estos complejos procesos, sin duda, están cambiando de modo rotundo el ámbito de las relaciones internacionales y los propios contextos intranacionales, así como los patrones de desarrollo económico, los sistemas sociopolíticos y, por ende, las fuerzas y núcleos de poder que los promovían en los contextos nacionales.

Puede decirse que lo que se constata se refiere al lento proceso histórico de mundialización, interrumpido con las dos guerras mundiales pero que se acelera con el fin de las mismas y con las revoluciones tecnológicas del último tercio del siglo XX. La mundialización ha venido dándose de modo articulado con un proceso de integración regional y con otro de diferenciación nacional-estatal, en unos

casos conseguido de modo violento y radical y en otros de modo más soterrado, sin vislumbrar aún fronteras muy definidas.¹

En el estudio que ahora presentamos nos interesa destacar el proceso de integración regional de los países de América Latina y las vicisitudes que se han presentado en un ambiente de crisis recurrentes desde los años ochentas hasta la actualidad. En seguida nos referimos, a modo de contraste, a los éxitos de la integración europea que, por supuesto, no han sido gratuitos sino que corresponden a una férrea voluntad política de surgir y fortalecerse como pueblos diferentes pero unidos, en vista de incrementar su importancia económica y política internacionales.

Es válido explicar que este ambiente de crisis del que hablamos arriba, no por simple coincidencia, ha permitido a los países industrializados, en especial a Estados Unidos, la expansión económica más prolongada después de la posguerra, lo que ha significado el aceleramiento de sus procesos de modernización, tanto de sus maquinarias como de sus plantas industriales, o sea, una creciente capitalización y prosperidad para sus habitantes; en una palabra, la consolidación de su proceso nacionalizador, que significa no solamente el fortalecimiento de su ámbito interno sino la irradiación internacional de su poderío. Todo lo anterior puede aplicarse, con ciertas acotaciones, a la región europea occidental; en contraste, en el caso de los países de América Latina y del Caribe, esas medidas fueron las que originaron el "decenio perdido"² y el prolongado periodo de ajustes reestructuradores que continúan ensanchando la enorme brecha que existe entre la abrumadora riqueza de unos pocos y la enorme miseria de las grandes mayorías.³

Los tres largos lustros de casi nulo crecimiento, y el descenso drástico del crecimiento *per capita* de nuestros países frente al exitoso proceso de crecimiento de Estados Unidos y de la Unión Europea (que en enero de 1999 conforma la Unión Monetaria Europea, en la que Alemania, Austria, Bélgica, España, Finlan-

¹ Se han desarrollado más ampliamente estas ideas en Francisco Dávila, "La Unión Europea y el TLCAN frente a la globalización, la regionalización y el nacionalismo", en Rosa María Piñón (coord.), *México y la Unión Europea frente a los retos del siglo XXI*, México, FCPyS, UNAM y Delegación de la Comisión Europea en México, 1999, pp. 167-197.

² Llamado así porque nuestros países, debido a la estrategia del pago de la deuda, hipotecaron su crecimiento convirtiéndose así en exportadores netos de capitales. Su débito pasó de 327 mil millones de dólares en 1982 a 416 mil en 1989. Ver a este respecto G. Rosenthal, "Balance preliminar de la economía latinoamericana en 1988", en *Comercio Exterior*, México, febrero de 1990, pp. 129-130; y CEPAL, *Transformación Productiva con Equidad*, Santiago de Chile, junio de 1990.

³ En 1965 el ingreso per cápita de las 7 naciones más ricas era 20 veces mayor que el de las 7 naciones más pobres; esta relación en la actualidad es 39 veces mayor. Según un estudio del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la polarización mundial se ha incrementado y existe un abismo cada vez más grande entre los pobres y los ricos a escala mundial. En 1993, de los 23 mil millones de dólares que representaba el PIB mundial, 18 mil millones de los mismos provenían de los países industrializados y los 5 mil millones restantes, de los países en desarrollo, siendo estos últimos los que tienen el 80 por ciento de la población del planeta. Ver *Rapport mondial sur le développement humain*, París, Económica, 1996.

dia, Francia, Holanda, Irlanda, Italia, Luxemburgo y Portugal perfeccionan su estrategia económica para consolidar la unidad política) han hecho resurgir el sueño siempre acariciado de la integración económica volviendo a presentarse como una urgencia inmediata para todos los países de América Latina.

Sin embargo, tanto las vicisitudes de las anteriores experiencias de integración regional, como las pocas aún existentes –que no han rendido los frutos esperados–, tienden a oscurecer la discusión teórica y el análisis de la factibilidad de esta estrategia que, ahora, la arrogancia del Imperio del Norte quiere hacer suya involucrando a México en esta difícil tarea.⁴

Vale la pena, a partir de una seria evaluación de los éxitos parciales de las experiencias fallidas y de las nuevas perspectivas que el fin del siglo deparará a la estrategia europea de integración, replantear la problemática pues pensamos que es de utilidad teórica y más aún política para buscar salidas endógenas a la prolongada crisis que sufren nuestros países, México en especial.

No podemos seguir escuchando el canto atrayente de las sirenas del Fondo Monetario Internacional que, mediante sus políticas de ajuste –sea ortodoxo o heterodoxo–, nos sigue hundiendo en el abismo sin fondo de un sacrificio que no termina y cuyos costos nacionales y sociales profundizan las desigualdades ya existentes, como se ha visto no sólo en nuestro caso sino en el de los tan loados tigres asiáticos y Rusia.

América Latina ya ha madurado y puede superar unida los lastres socioeconómicos seculares, resultado tanto de una historia de explotación, subordinación y dependencia, como de los intereses particularistas de los nacionalismos mezquinos.⁵ Europa ha logrado con gran esfuerzo curarse de estos males; nosotros también podemos hacerlo pues tenemos finalidades económicas y sociales comunes y, como nunca, buscamos la unidad política para superar nuestras debilidades y la fortaleza económica para compartir la diversidad de nuestras experiencias y la riqueza de nuestros recursos naturales y humanos.

NOTAS

La integración latinoamericana

El Estado español unificó política y administrativamente tanto los espacios geográficos como la dispersión de los grupos sociales conformando la Colonia.⁶ Esta

⁴ Ver Alfredo Guerra Borges, nacional, "México. Integración hacia el sur", en *Comercio Exterior*, México, vol. 46, núm. 2, febrero de 1996, pp. 158-162.

⁵ Se solía considerar en nuestros países –como lo hicieron los europeos hasta que se enfrentaron en las dos guerras mundiales– la cooperación comercial con el país vecino y la cesión de ciertos tramos de mercado al mismo para una acción más eficaz en vista de mutuos intereses, como un atentado a la soberanía y seguridad nacionales; pero no pusimos ningún reparo a la verdadera dependencia y al debilitamiento de la soberanía que implicó cederlos a los países económicamente poderosos que –como lo demostró A. Hirschman ya en 1945– imponen a través del comercio su hegemonía política. Cfr. *National Power and the Structure of Foreign Trade*, Berkeley, Los Ángeles, California, University of California Press, 1980, p. 25.

⁶ Para mayores detalles sobre este periodo de la historia de América Latina ver R. Konetzke,

formal pero precaria unión se desmoronó por acción de fuerzas internas e internacionales conjugadas en el espacio colonial. Así, el sueño de un Estado unificado, de la Nación latinoamericana, no pudo Bolívar realizarlo, ni siquiera en La Gran Colombia.

El precio de la independencia fue la fragmentación republicana, y la atomización de poderes en luchas intestinas al interior de los nuevos Estados-nación en formación⁷ hizo de éstos fácil presa de los imperialismos inglés y francés que se disputaron la hegemonía comercial y financiera frente a un imperio español que declinaba.

La unificación nacional, un proceso largo y doloroso, generó enconos, odios y guerras fratricidas y hundió por largo tiempo la idea de una América políticamente integrada, aunque sepultó en el ánimo de los latinoamericanos ese sueño, siempre tan combatido por el creciente intervencionismo estadounidense. Éste, poco a poco fue dibujando su poderoso imperio económico en los primeros veinte años del siglo XX.

La Primera, y en especial la Segunda Guerra Mundial, constituyó el pedestal sobre el que se apoyó el nuevo imperialismo económico y militar estadounidense,⁸ y significó el desplazamiento definitivo de los viejos imperios coloniales europeos. Más aún, la vieja Europa aparecía destrozada, vencida, subordinada y dividida entre los bloques de poder mundial tutelados por las dos grandes potencias emergentes: Estados Unidos y la Unión Soviética.

La terrible experiencia de la guerra, sus efectos inmediatos —el fascismo y el nazismo—, así como la intervención constante de las dos superpotencias, generaron entre los europeos un saludable desgaste de los nacionalismos chauvinistas y crearon una fuerte solidaridad grupal que, poco a poco, fue dando lugar a una toma de conciencia de las afinidades y complementariedades existentes entre los diferentes países, lo que los llevó a vislumbrar la necesidad de crear una integración supranacional: Estados Unidos de Europa.⁹ Entonces, pensadores, políticos, economistas y sociólogos concluyeron que la estrategia de integración económica no sólo sería un instrumento adecuado y promisorio para impulsar el desarrollo

El imperio español. Orígenes y fundamentos, Madrid, 1946; del mismo autor, "La Época Colonial", en *América Latina II*, México, Siglo XXI, 1972; también, M. Góngora, *El Estado en el derecho indiano*, Santiago de Chile, 1951; Ots y Capdequí, "Instituciones", en *Historia de América*, Barcelona, tomo 14, 1958.

⁷ Ver también Tulio Halperin, "Crisis de la Independencia", en T. Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1969.

⁸ Para mayores detalles ver: Gustavo y Hélène Beyhaut, "Afirmación del imperialismo norteamericano", en *América Latina III. De la Independencia a la Segunda Guerra Mundial*, México, Siglo XXI, 1985; Octavio Ianni, *Diplomacia e imperialismo na América Latina*, São Paulo, CEBRAP, Cuaderno núm. 12, 1973.

⁹ Ver a este respecto W. Benz y H. Graml, "Europa occidental hasta el Tratado de Roma: reconstrucción e integración", en *El siglo XX, II. Europa después de la Segunda Guerra Mundial, 1945-1982*, México, Siglo XXI, tomo 1, 1986, p. 47.

económico y social de sus respectivos países, sino que permitiría poco a poco llegar a la unificación política.¹⁰

☉ También los pensadores y políticos latinoamericanos avizoraron siempre el potencial que entrañaría la cooperación e integración de países de tan estrecha ligazón geográfica, histórica y cultural y poseedores de recursos tan variados que se complementarían –al igual que los europeos– en el campo económico y luego en el campo político, para superar la “balcanización” y el subdesarrollo en el que se encontraban. Por ello, cuando vieron la formalización esperanzadora que mostraba este proceso en la vieja Europa se sintieron alentados a iniciar también un proceso parecido.

Así es como, en ese contexto político internacional, social e intelectual y en una atmósfera interna de descenso del desarrollo de la primera mitad del siglo, la idea de la integración resurgió en América Latina en su doble aspecto económico y político. Fue la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) la que brindó un marco conceptual de sustentación,¹¹ privilegiando netamente los aspectos de tipo económico¹² y dejando casi implícitos los elementos políticos, que fueron los que más preocuparon a los “hacedores de la independencia” y de la innuce frustrada Unidad Latinoamericana y los que, en el caso de Europa, determinaron la estrategia económica de integración.

La CEPAL y la integración de América Latina

Al analizar las primeras etapas del desarrollo latinoamericano, la CEPAL constata que éstas fueron una consecuencia indirecta de la gran depresión mundial de la posguerra, la cual dio lugar a “la sustitución de importaciones” y que, para subsanar la “debilidad estructural” de nuestras economías con respecto a los países “céntricos” en el contexto del desarrollo socioeconómico mundial, la industrialización era un proceso “ineludible”.¹³ Esto especialmente al final de los años cin-

¹⁰ Así, este proceso de derrotas, promesas, rupturas y realizaciones, cristalizó en 1951 en la Comunidad Económica Europea del Carbón y del Acero (CECA), integrada por Francia, Alemania, Italia, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo, los que, el 25 de marzo de 1957, en Roma, conformarían la Comunidad Económica Europea (CEE).

¹¹ Cfr. CEPAL, *América Latina: el pensamiento de la CEPAL*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1969. Ver de modo especial el capítulo V, que contiene un resumen de su concepción sobre la integración.

¹² Como bien lo remarca Helmut Janka en “La ‘racionalidad’ de la integración y la ‘irracionalidad de la realidad’. Algunas observaciones metodológicas”, en *Comercio Exterior*, México, vol. 27, núm. 7, julio de 1977, p. 763.

¹³ “Era a principios de 1949... –dice Raúl Prebisch, en la introducción a su libro *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. VII.– Ahí (en Santiago de Chile) escribí mi primer trabajo en la CEPAL, sobre desarrollo económico latinoamericano. Me proponía allí, entre otras cosas, demostrar la necesidad ineludible de la industrialización en el desarrollo económico de la región y por primera vez presentaba en forma escrita mis ideas incipientes sobre el estrangulamiento exterior y el deterioro en las relaciones de precios del intercambio.” El trabajo del que habla es “El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas (E/CN.12/89)”, reproducido en el *Boletín Económico de América Latina*, Santiago de Chile, vol. VII, núm. 1, Santiago de Chile, febrero de 1962.

cuenta, cuando sobreviene el descenso de la demanda de productos primarios y con ello el estancamiento de nuestras economías agroexportadoras.

El mérito de la CEPAL fue haber criticado los postulados de los economistas neoclásicos sobre las ventajas comparativas de nuestros países, aparejadas al comercio con productos primarios respecto de los que comerciaban con productos manufacturados, o sea, los industrializados, demostrando la desventaja de tal "vocación agroexportadora" y el acierto de haber impulsado la industrialización mediante la integración. Con razón Miguel Wionczek afirma que "la doctrina de la integración elevó a un plano multinacional la tesis de que el desarrollo económico es imposible sin la industrialización".¹⁴ Ésta tendría que ser promovida por el Estado, en un esfuerzo deliberado de planificación que corregiría los desajustes inherentes al mismo y equilibraría las desigualdades económicas y sociales que configuraban la "heterogeneidad estructural", lo que aceleraría el ritmo de desarrollo económico y permitiría una mejor distribución del ingreso en favor de las masas populares.¹⁵

Como es obvio colegir, la integración aparecía como el instrumento indispensable para alcanzar de la manera más eficiente estas metas internas e interregionales.¹⁶ Al mismo tiempo, era necesario hacer operativa la integración mediante la programación de acciones integrativas. Esta necesidad iría generando, poco a poco, instituciones de poder y administración regionales para la toma conjunta de decisiones, sin afectar negativamente el desenvolvimiento de cada una de las economías. Es en este espacio institucional donde se dibujaría más claramente la interrelación entre las estructuras económicas y las políticas para darle funcionalidad y alcance a la integración; o sea, para hacer que ésta lograra avances cualitativos caminando gradualmente —como soñaron "nuestros mayores" y ya se lo habían propuesto los europeos— hacia la integración económica: del libre comercio regional a la unión aduanera, al mercado común y así hacia la integración política; o sea, a la administración comunitaria, al gobierno regional y a la confederación de Estados Unidos de América Latina.¹⁷

Es, por desgracia, en este ámbito fundamental de la relación entre objetivo integrador con las acciones integrativas, en el que la economía y la política se conjugan, donde se dio la escisión entre nuestros países; todo lo contrario de lo que sucedió y sucede en Europa. Y es precisamente allí donde la rigurosa y contundente lógica formal de los análisis del estructuralismo cepalino encuentra su piedra de toque.

¹⁴ Cfr. M. Wionczek, "Requisites for Viable Integration", en M. Wionczek (ed.), *Latin American Economic Integration*, Nueva York, Praeger, 1966, p. 3.

¹⁵ Raúl Prebisch, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, op. cit., p. 12.

¹⁶ Afirmaba la CEPAL que para lograr dichos objetivos: "la integración regional se presentó como un instrumento indispensable y en alto grado irremplazable, como el único expediente capaz de operar una transformación cualitativa en la realidad". Ver CEPAL, *América Latina: el pensamiento...*, op. cit., p. 37.

¹⁷ Ver *supra* las argumentaciones europeas y sus objetivos político-económicos, notas 9 y 10.

Efectivamente, y de modo correcto, la CEPAL asigna al Estado –entendido como la expresión política del “interés nacional”– la tarea de llevar adelante el proceso de industrialización a través de su instrumento mediador eficaz: la integración presupone que estos dos procesos tanto a nivel intranacional, o sea, de cada país, como regionalmente, maximizan el logro de los intereses de cada Estado individual y del conjunto de Estados nacionales, medidos en incremento de la riqueza, del desarrollo o del crecimiento que –para el caso– pueden ser considerados como similares y cuantificarse como un aumento del ingreso de cada nación en particular.

Para no entrar en mayores detalles que rebasarían el objetivo de este trabajo, basta señalar que: el “Estado” concebido por la teoría de la CEPAL –o la teoría del Estado implícita en el modelo estructuralista– es demasiado funcional y por tanto, de existir los conflictos, éstos no distorsionarían ni la industrialización, ni su instrumento, la integración, sino que, al contrario, las reforzarían. Lo que, evidentemente, a más de ser una simplificación formal, no corresponde con las estructuras de poder de nuestros países que detentan un muy alto contenido de conflictividad.

En su caso, se trataría de un Estado omnipotente, que aunque contempla los conflictos de tipo económico, político y social que siempre están presentes en nuestras sociedades, no le preocuparían, pues, los fines que él ya los ha preconcebido, acabarían siempre, de un modo u otro, por llevarse a cabo; lo que tampoco es cierto y no ha sucedido en el caso que estamos tratando.

Ello, aún sin introducir en el modelo otros actores importantes que, aunque no pertenecen a la región, también estuvieran interesados en los procesos aludidos. Hecho real que complicaría todavía más la gama de intereses contradictorios propiciadores de conflictos. Se incluye en éstos, por supuesto, a los de los intelectuales que, esgrimiendo las armas de la teoría neoclásica o el estructuralismo, han tratado de influir para imponer una apertura plena de América Latina a “las fuerzas del mercado” (léase: los intereses de los monopolios, especialmente estadounidenses), o que pugnaron por una apertura gradual y negociada en bloques regionales de “intereses nacionales” fortalecidos por la cooperación y complementariedad y, por tanto, menos expuestos a sufrir las inexorables consecuencias del poderío económico que –quíerose o no– se transforma en subordinación política de los países pequeños a los intereses de los grupos que comandan las economías más poderosas y que luchan entre sí por un nuevo reparto del mundo.

Dificultades y vicisitudes de la integración en América Latina

A casi 35 años de esas luchas que truncaron el proceso de integración latinoamericano pero no lo sofocaron, la “Iniciativa de las Américas” y la promesa de la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), propuestas por Estados Unidos, parecen entrar en conflicto con las estrategias latinoamericanas que la propia CEPAL expuso en *Integración regional: desafíos y opciones* y en *“El regionalismo abierto en América Latina. La integración económica al*

servicio de la transformación productiva con equidad;¹⁸ no obstante, como sucedió anteriormente, la ausencia en el planteamiento cepalino de la consideración del elemento político, la decisión de los Estados de construir una perspectiva alternativa no se ha dado tomando en cuenta los intereses de la región y de cada país involucrado,¹⁹ sino secundando de modo subordinado el fortalecimiento de la hegemonía estadounidense frente a la competencia europea y japonesa.

En realidad, en el discurso cepalino se toma en cuenta el fortalecimiento de la unidad regional de los países latinoamericanos, se dirige a la defensa de los Estados-nacionales que vuelven a "retomar con fuerza las ideas centrales de los diversos procesos de unidad regional"; pero, al no evaluar la toma de decisiones políticas, las que parten de las esferas del poder, sus planteamientos no dejan de ser buenos deseos de los gobiernos, sin que en ellos se perciba el empuje de las grandes mayorías que sufren las consecuencias negativas de la globalización.²⁰

Vale la pena analizar de qué modo las inercias antiguas y las actuales, producidas por la crisis que nuestros países intentan remontar, así como la voluntad política de profundizar los lazos de cooperación e integración regionales, para garantizar una política económica más acorde con nuestras necesidades y con nuestro fortalecimiento nacional para ser menos vulnerables a la competencia internacional que requerimos para insertarnos positivamente en la apertura mundial.

No cabe plantear la menor duda de que la integración, entendida en su forma más general como "un proceso que incorpora las medidas que tienen como objeto la abolición de las discriminaciones entre unidades económicas pertenecientes a diferentes Estados nacionales...; y que, como situación, se caracteriza por la ausencia de diferentes formas de discriminación entre las economías nacionales",²¹ se ha venido dando como un proceso lento, en muchos casos frustrante para los países más involucrados en algunas de estas acciones. Ahora bien, si nos atenemos a las concepciones y evaluaciones cepalinas, las que son un punto de referencia obligado, pues es la propia CEPAL la que, a lo largo de un periodo de tres décadas y media, ha venido impulsando la integración regional. Los logros, sin ser

¹⁸ Ver *Comercio Exterior*, México, vol. 40, núm. 1, enero de 1990, pp. 67-76 y CEPAL, Santiago de Chile, 1994.

¹⁹ Ver "Declaración de principios", aprobada por los jefes de Estado y de gobierno en la Cumbre de las Américas, Miami, 11 de diciembre de 1994.

²⁰ Se han dado numerosas definiciones de globalización, la mayoría de ellas descriptivas. En un trabajo anterior hicimos explícitas nuestras críticas y realizamos un nuevo acercamiento hacia la comprensión de esta realidad cuyas facetas políticas y sociales son apenas consideradas. Ver F. Dávila, "La 'globalización', la 'integración global' o bien la 'globalización económica', conceptos a repensarse en el campo de las relaciones internacionales actuales", en *Relaciones Internacionales*, CRI, FCPyS, UNAM, México, núm. 80-81, mayo-diciembre de 1999.

²¹ Así define Bela Balasa la integración económica en *The Theory of Economic Integration*, London, 1962, p. 1 (la traducción es nuestra). Podríamos argumentar que el autor soslaya que detrás de la forma se esconde un contenido no explícito; el que ya hemos destacado en este trabajo y que puede resumirse en que la integración económica conduce de modo indirecto a ciertas formas de integración política y cultural, las que necesariamente tienen que ser consideradas en los casos concretos.

enteramente satisfactorios, han sido importantes,²² pues se ha intentado –siguiendo la exitosa experiencia europea– transitar de las asociaciones de libre comercio al mercado común latinoamericano.

Es entonces importante describir, desde esa perspectiva y de modo sucinto, las acciones de integración más importantes llevadas a cabo en América Latina y las dificultades a las que se han enfrentado, en vista de realizar una evaluación de las mismas. Ello nos pondrá al tanto del presente, a fin de obtener una perspectiva más certera de los retos futuros de esta estrategia que actualmente adquiere vigencia, no sólo para enfrentar la crisis sino para superarla, a la luz de las transformaciones mundiales, aceleradas a finales de este siglo, lo que se conoce como la era de la posindustrialización y de la competencia global.

De la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) a la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI)

La ALALC surge a partir de las arduas negociaciones que se iniciaron en 1957 y concluyeron en 1960 con el texto final del Tratado de Montevideo, el cual estableció el marco de funcionamiento general de la misma intentando guardar un constante equilibrio entre la apertura a la competencia internacional y la protección de las industrias nacientes, para facilitar, entre sus miembros, la complementariedad e integración de sus respectivas economías.

El objetivo fundamental que se propusieron los países miembros fue la fijación de un área de preferencias arancelarias que poco a poco irían siendo eliminadas; de tal modo que, al cabo de 12 años, estos países conformarían una zona de libre comercio. Pero, como a principios de la década de 1960 la actividad comercial, especialmente con Estados Unidos,²³ empezó a decaer, el modelo de equilibrio

²² Gert Rosenthal, uno de los últimos secretarios generales de la CEPAL, siendo director de la subsección de la misma en México, hacía la siguiente evaluación: "Los logros fueron muchos y fecundos, si se miden por lo menos con dos indicadores: la diversificación y modernización que significó para todas las economías el ascendente grado de industrialización, viabilizado, al menos en parte, por el mercado ampliado y por la política moderadamente proteccionista, que formaron parte inherente de las políticas integradoras, y el creciente grado de interdependencia económica que revelan las corrientes del comercio interregional. Es cierto, desde luego, que el proceso no cumplió las expectativas que algunos habían cifrado en él, y que no alteró en su esencia el estilo de desarrollo prevaleciente en todos los países –hubiera sido pedirle demasiado a la integración–, pero los objetivos de alcance limitado de una integración de mercados establecidos en el Tratado General se cumplieron casi al pie de la letra en el plazo estipulado, y todavía persisten, con importantes variantes". Gert Rosenthal, "Algunas lecciones de la integración económica en América Latina: el caso de Centroamérica", en *Comercio Exterior*, México, vol. 33, núm. 12, diciembre de 1983, pp. 1144.

²³ La economía norteamericana entre 1957 y 1964 sufre una etapa recesiva de su ciclo de acumulación mientras Europa occidental vivía un ciclo de auge, causado en gran parte por la acelerada reconstrucción de su economía, apoyada por un inmenso flujo de capitales norteamericanos que continuó fluyendo hasta los inicios de la década de los setenta en busca de una rentabilidad más elevada; lo que a su vez permitió la consolidación y ampliación de la CEE, que para el otoño de 1973 daba el impulso inicial a la unión económica y monetaria.

dibujado en el Tratado se inclinó en favor del proteccionismo, con lo que se estancó gradualmente el programa de liberación comercial, objetivo básico de la ALALC, y los acuerdos de complementación industrial pasaron a ser letra muerta.

Es más, a inicios de los años setenta el panorama internacional se vio alterado por la espectacular expansión del capital financiero²⁴ y, con ello, la posibilidad de acceder a los créditos sin las limitaciones de la década de los sesenta cambió la perspectiva. Así, los países del cono sur, principalmente Argentina, Chile y Uruguay, los más beneficiados por la Asociación dada la estructura más fuerte de sus industrias que la de los países andinos, fueron eliminando su protección arancelaria y el margen de preferencia que protegía a los intercambios entre los países de la ALALC se fue perdiendo.

La derechización y el autoritarismo de los gobiernos de algunos de los países miembros, influenciados por las ideas de economistas neoliberales, también impidieron una mayor preocupación por la integración de la región.

A fines de los setenta la ALALC era sólo un cascarón institucional inoperante y su renovación se hacía inevitable. Cabía ponerla al tono de los cambios mundiales que, al inicio de los ochenta, empezaban a manifestarse con vehemencia.²⁵

La Asociación Latinoamericana de Integración Económica (ALADI)

Nacida en agosto de 1980 por voluntad de la mayoría de los miembros de la ALALC, la nueva organización ALADI señalaba el propósito de continuar con "el proceso de integración regional encaminado a promover el desarrollo económico-social armónico y equilibrado de la región..., el cual tenderá, en el largo plazo, al establecimiento, en forma gradual y progresiva, de un mercado común latinoamericano".²⁶ Se volvía, de este modo, a reiterar los anhelos de integración latinoamericana; pero además, se intentaba dar pasos adicionales encaminados a una adecuación mayor de las acciones de la nueva Asociación a las circunstancias internacionales. Se insistía también en otorgar tratamientos diferenciales de acuerdo con tres categorías de países que el Tratado reconocía de modo explícito: los de menor desarrollo relativo: Bolivia, Ecuador y Paraguay; los de mediano: Colombia, Chile, Perú, Uruguay y Venezuela, y los de mayor desarrollo: Argentina, Brasil y México.

Por desgracia, a pesar de los buenos propósitos, la crisis que estalló en la mayoría de nuestros países a partir de 1982 y los problemas del endeudamiento

²⁴ Esta fue provocada en gran parte por la afluencia de excedentes financieros provenientes de las alzas espectaculares de los precios del petróleo que los países más poderosos de la OPEP (Arabia Saudita, Irán y Libia) depositaron tanto en Estados Unidos como en Europa (los eurodólares).

²⁵ Cfr. D. Tussie, "Nuevas rutas en la integración latinoamericana. De la sustitución de importaciones a la eficiencia mercantil", en *Comercio Exterior*, México, vol. 31, núm. 12, diciembre de 1981, p. 1403.

²⁶ Ver ALALC, ALADI, *Tratado de Montevideo*, Montevideo, Ed. Elta S.A. Artículo 1o., 1980.

externo, consecuencia de la misma crisis, significaron una etapa muy adversa para la promoción de la integración regional. En 1985, la ALADI reconocía que el comercio exterior de sus países miembros se estaba deteriorando cada vez más como resultado de la caída por encima del 25 por ciento de los precios de exportación de sus productos, en los primeros años de los ochenta. Este resultado se debió, en gran medida, al estancamiento del comercio global, que de una tasa de crecimiento de un 6 por ciento durante los años setenta pasó a una apenas mayor al 2 por ciento en el periodo de 1980-1984.²⁷

En los siguientes años, y hasta la fecha, la principal preocupación ha sido la vigorización de la cooperación financiera entre los miembros de la ALADI para llevar adelante transformaciones productivas mediante proyectos de cooperación e integración en sectores específicos que –mientras continúe el drástico ajuste exigido por el FMI– permitan mejorar la situación comercial²⁸ para consolidar las economías nacionales y entrar con más vigor en el marco de la competencia internacional de dimensiones mundiales.

La experiencia del Mercado Común Centroamericano (MCCA)

Este interesante proceso arranca en 1960 y sus objetivos son los mismos que en general perseguía la CEPAL: posibilidad de alcanzar la industrialización sustitutiva en países de economías precarias. Se pensaba que en la región centroamericana, por las características relativamente homogéneas de las estructuras económicas, sociales y políticas de los países que la integraban y que, de hecho, conformaban un ámbito más afín de “intereses regionales comunes”, se aceleraría el proceso y se desembocaría sin mayores conflictos en formas más avanzadas tales como la unión aduanera económica regional y, ¿por qué no?, a formas más avanzadas de unidad política.

Al igual que lo señalado para el modelo general de integración económica planteado por la CEPAL en 1960 y luego en los noventa,²⁹ estas expectativas resultaron muy alejadas de la realidad que vivió la región centroamericana en los últimos 25 años.

En verdad Estados Unidos –luego de haberse opuesto rotundamente a lo largo de las tres últimas décadas a la integración centroamericana, entendida como un mecanismo político-económico promotor del fortalecimiento nacional y regional de los países centroamericanos–, se empeñó en una liberación comercial, obviamente benéfica para la expansión de su comercio en esa subregión. “Los benefi-

²⁷ Ver “Informe de Integración”, en *Comercio Exterior*, México, vol. 35, núm. 4, abril de 1985, p. 362.

²⁸ Ver “Expansión del comercio intra ALADI”, en *Comercio Exterior*, México, vol. 38, núm. 9, septiembre de 1988, pp. 825-826.

²⁹ CEPAL, *Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado*, Santiago de Chile, CEPAL, 1992; CEPAL, *Algunas formas de abordar el tema del Área de Libre Comercio de las Américas*, Santiago de Chile, CEPAL, 1995.

cios de una mayor integración económica regional, argumenta el Banco Mundial refiriéndose a Centroamérica, podrían ser significativos durante la transición a una mayor integración a la economía mundial".³⁰

En esta forma, aunque el MCCA logró entre 1960 y 1970 un gran incremento del comercio intrarregional,³¹ éste no modificó ni las desigualdades regionales, y menos aún la miseria de los grupos sociales mayoritarios que, al contrario, sufrieron y continúan experimentando un marcado deterioro en sus condiciones de vida.

Los cambios mundiales de la década de 1970, que generaron mayor liquidez a nivel internacional, crearon ciertas esperanzas de mejoría; pero la magnitud de los créditos requeridos y la poca voluntad de la banca en proporcionarlos —dada la inestabilidad política de la región— no hicieron más que complicar el panorama ya existente.

Todas ellas, junto con otras circunstancias, causaron una serie de conflictos internos y externos que pusieron en jaque todo intento de avance de un proceso de integración regional que complementara y revitalizara a estos países. Los países más interesados en la integración actuaban con cierto pragmatismo y pensaron —como sucedió con los países de la ALALC— en nuevas y más flexibles formas de integración que no prosperaron.

Una vez más, fue el violento deterioro de la economía internacional, acaecido en los inicios de 1980, el que terminó dándole el golpe de gracia, no sólo al desfallecido MCCA sino a todas las economías de la subregión.³² En estas circunstancias, el surgimiento del régimen sandinista, luego de la insurrección popular que amenazaba también extenderse a El Salvador, generó un clima de tensión social y de constantes diferencias y enfrentamientos entre los gobiernos.

Lo anterior impidió cualquier esfuerzo de cooperación en América Central para activar el proceso productivo. Es más, fue el sector comercial, donde los esfuerzos integrativos habían sido más amplios, el que se vio mayormente afectado.³³

³⁰ Ver Banco Mundial, *Trade Liberalization and Economic Integration in Central America*, Washington, 1989.

³¹ "En 1960 menos de 9 por ciento de las exportaciones totales de 22 países latinoamericanos se destinaba al resto de la región; ese porcentaje subió a 16 por ciento en 1975 y se mantuvo con una tendencia muy moderada hacia la baja hasta la década de 1980; del mismo modo las exportaciones intra-MCCA crecieron de un 7 por ciento en 1960 a un promedio de 25 por ciento en 1970". Ver Gert Rosenthal, "Algunas lecciones de la integración económica en América Latina: el caso de Centroamérica", en *op. cit. ant.*, p. 1143.

³² "El desplome fue de tal magnitud que en 1982 el ingreso real por habitante en Costa Rica, Guatemala y Honduras, apenas equivalió al registrado en 1976, mientras que en los casos de El Salvador y Nicaragua se contrajo a cifras alcanzadas durante la primera mitad de los años sesenta. G. Rosenthal, "Algunas lecciones de la...", en *op. cit. ant.*, p. 1147.

³³ En los inicios de la década de los ochenta, un 20 por ciento y 25 por ciento de las exportaciones totales correspondía al comercio intrarregional; seis años después éste apenas llegaba al 10 por ciento del total de las exportaciones. A su vez, el deterioro del sector externo se acentuó: la deuda externa pasó de unos 7 mil millones de dólares en 1980 a más de 17 mil millones en 1986 y la balanza comercial centroamericana acumuló un déficit de 10 mil millones de dólares. Cfr. a este respecto, CEPAL, "Integración regional: desafíos y opciones", en *op. cit. ant.* p. 71.

Sin embargo, a pesar de la crisis y de las tensiones políticas acumuladas, los gobiernos de la región, presionados por su pueblo, manifestaron gran voluntad y decisión para aliviar sus crecientes conflictos y cooperar para darle un nuevo vigor al proceso integrativo. Era preciso retomar la estrategia integrativa, evaluando las valiosas experiencias acumuladas y corrigiendo los errores, en vista de generar mecanismos más flexibles y eficaces para el fortalecimiento nacional y regional,³⁴ necesarios para enfrentar la crisis de la región, asimilando también las ventajas de la mundialización.

En el caso del MCCA, más que en ninguna otra de las experiencias de integración latinoamericanas, se percibe el corte drástico entre las dimensiones económicas y políticas del proceso, hecho que introdujo conflictos adicionales a los ya existentes; sin embargo, la voluntad política de los países de la región, plasmada en el Acuerdo de Esquipulas II, el cual recibió también el respaldo de los países que integraron el Grupo de Contadora y de Apoyo, destrabó la difícil situación económica y política de la subregión.

Todo lo anterior, junto con la necesidad que tiene cada país de superar su crítica situación económica, puso al orden del día la reconstrucción del proceso de cooperación e integración sobre nuevas bases. En éstas, los aspectos políticos y económicos de los intereses de los diferentes grupos internos y externos que actúan en la región centroamericana tendrían que ser tomados en cuenta.

El Pacto Andino

A sólo seis años de funcionamiento de la ALALC, cuando ya se habían cosechado algunos frutos dentro de la misma, pero se abrigaban pocas esperanzas de mejores realizaciones, los países andinos –Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela– formaron un núcleo especial dentro de la Asociación para diseñar una estrategia de integración más acorde con sus peculiaridades.

Era justo en el momento en el que los cambios en la dimensión internacional anunciaban la hegemonía del capital financiero, la expansión de los oligopolios transnacionales y la creciente globalización e internacionalización de las economías aún aisladas o poco integradas a los movimientos del mercado mundial, cuando nació el Pacto Andino.

Formalmente inició su funcionamiento en noviembre de 1969 al instalarse la Comisión, órgano máximo del Acuerdo anteriormente firmado en Bogotá, y que la misma acordó llamar Acuerdo de Cartagena. En 1973 Venezuela se integraría al grupo.³⁵

³⁴ Ver a este respecto "Compromiso de Acapulco para la paz, el desarrollo y la democracia", en *Comercio Exterior*, México, vol. 37, núm. 12, diciembre de 1987, pp. 1072-1077.

³⁵ Cfr. J. Sanabria y G. Núñez, "El Grupo Andino: origen, evolución y situación actual", en *Comercio Exterior*, México, vol. 35, núm. 1, enero de 1985, pp. 62-63.

El Grupo Andino asumió el planteamiento general de la CEPAL sobre la integración, como un instrumento de la industrialización para el desarrollo. Pero también vislumbró en el horizonte la gradual realización de los ideales bolivarianos que conllevan a la unificación política: intentó armonizar o conjugar los intereses de los poderes locales sin quitarles sus rasgos propios y el particular usufructo de sus espacios particulares. Se trataba, en resumen, de romper el aislamiento y de fortalecer económica y políticamente a los Estados-nación soberanos de los Andes, ampliando las dimensiones restringidas de la frustrada Gran Colombia hasta la Patagonia chilena, generando así la fortaleza de la unidad en la diversidad y en la complementariedad.

Con la experiencia dentro de la ALALC, los países andinos no sólo persiguieron la liberación comercial sino el fomento y la complementariedad del programa de industrialización que se trazaron; también cuidaron de no caer en un excesivo proteccionismo, como le sucedió a la Asociación; percibieron la estrechez de recursos para el fomento industrial y tomaron en cuenta la liquidez financiera de la década de los setenta; reconocieron el papel fundamental que tenía que jugar la inversión extranjera directa en este proceso y se establecieron reglas comunes para su tratamiento en todos los países del Acuerdo. Se puso mucho cuidado en que la misma sirviera, no tanto para aprovechar las facilidades que se le daban y repatriar sus capitales al exterior, sino para que sus ganancias contribuyeran a consolidar una transferencia tecnológica beneficiosa para todos.

El problema empezó a presentarse —como en los casos que ya hemos descrito— cuando se trató de poner en práctica lo programado, pues los intereses y las expectativas diversas de los grupos de poder locales sobre las ventajas de ubicar determinadas industrias en un país u otro originaron conflictos y pugnas que entorpecieron, dificultaron y finalmente impidieron el desarrollo del programa industrial conjunto. Algo parecido sucedió con la apertura comercial y con las políticas comunes para el tratamiento de la inversión y tecnologías extranjeras,³⁶ las que fueron la manzana de la discordia que causó la primera fisura entre los integrantes del Pacto Andino.

Chile se alejó del Pacto porque sus grupos de poder —la derecha más radical y recalcitrante que ocupó el gobierno mediante una dictadura sangrienta— encontraron que sus intereses particulares estarían mejor compensados si abrían indiscriminadamente su comercio y los recursos del país a la voracidad de las transnacionales a las cuales se subordinaron. Este desgarramiento fue doloroso porque los grupos de poder afines, en los otros países del Pacto, ejercieron una

³⁶ La Decisión 24, aprobada en 1970, estableció el Régimen Común sobre el Tratamiento a los Capitales Extranjeros y sobre Marcas, Patentes, Licencias y Regalías. Esta regulación reconocía la necesidad crucial de inversiones y de tecnología extranjeras para cumplir con la estrategia de industrialización mediante la integración, pero priorizaba, conforme a la ideología cepalina, los intereses de las burguesías nacionales como receptoras de los créditos, sin dejar de otorgar garantías a las foráneas que "arriesgaban" sus capitales.

serie de presiones, con amenazas de abandonar el Grupo sino se modificaba la Decisión 24.³⁷

En aras de la unidad que se resquebrajaba, los defensores del destino soberano de nuestros países abdicaron en favor de una alianza entre el capital financiero nacional e internacional. Así, éste continuaría integrando nuestras economías, con la fuerza de su poder económico y político, al esquema de internacionalización y globalización mundiales que, en ese entonces, comenzaba su despliegue.³⁸ Para ello, como siempre lo habían hecho, los poderes internacionales fracturaron la precaria unidad lograda para disfrutar de los beneficios que siempre procura el detentar el poder sobre los débiles.

Los intereses extranjeros no podían exigir más "gangas" sino las de instalarse en nuestros propios países y en nuestras propias empresas, sacrificando el nivel de vida de las grandes mayorías. Se las teníamos que entregar sin más trámite, y disfrutarían de nuestros recursos humanos y naturales casi regalados; todo ello a cambio del exiguo crédito que se cobraría con creces,³⁹ pues ya a mediados de los años setenta, se dibujaba el esquema maquiavélico de prestar un dólar barato para cobrarlo caro y con intereses discrecionales. Así, los préstamos que recibieron los países del Pacto Andino para facilitar la implantación de las corporaciones transnacionales y de las demás industrias a su servicio, tendrían que abonarse al agiotismo internacional en la década de los ochenta, según las exigencias de los acreedores financieros.

Todos los países del Pacto Andino, sin excepción, cancelaron sus opciones de desarrollo, y la integración, cuya finalidad era otorgarles mayor fortaleza y complementariedad a sus economías, quedó momentáneamente paralizada. Sus deterioradas economías no tuvieron más que insertarse con mayor fuerza en el mercado mundial. Restringieron sus divisas, destinadas al crecimiento de sus economías para pagar sus deudas, transformándose así en exportadoras netas de capital para el beneficio de los centros financieros internacionales.⁴⁰

³⁷ En efecto, la Decisión 24 se modificó en 1976 y las Decisiones 103 y 109, entre otras ventajas que dieron a las empresas transnacionales -brazo económico del capital financiero- estaban las que obtendrían acceso al crédito interno de mediano y corto plazo, de acuerdo con lo estipulado con la legislación local para los nacionales y su intervención en la conformación del capital social de las empresas nacionales; en tanto las particulares o estatales se considerarían como de régimen mixto y, finalmente, se ampliaban los límites para la repatriación de utilidades o para la "reversión automática".

³⁸ Ver a este respecto L. Garay, *La estrategia de desarrollo implícita en el Acuerdo de Cartagena*, Ed. Pluma, 1979, citado por I. Parra-Peña, en "Catorce años después. Una evaluación del Pacto Andino", en *Comercio Exterior*, México, vol. 33, núm. 3, marzo de 1983, p. 270.

³⁹ "En la primera ronda de negociaciones entre 1982 y 1983, los bancos comerciales reprogramaron sus préstamos con 'tasas de interés punitivas', que elevaron el crédito negociado entre 100 y 150 por ciento, respecto a sus niveles previos a la crisis de 1982", en "Sólo a los acreedores favorecen las negociaciones sobre la deuda", *El Financiero*, México, 9 de julio de 1990, p. 37.

⁴⁰ La CEPAL, en *Opciones para reducir el peso de la deuda*, Santiago de Chile, julio de 1990, sostuvo que: "los países industrializados -en especial el grupo de los siete (G-7)- han mantenido el sistema financiero internacional a costa de América Latina... De esa manera la deuda se ha

El sombrío panorama de inicios de 1980 no hizo más que agravarse en la segunda mitad de la década. Los ajustes a los que tuvieron que ser sometidas las economías del Pacto para pagar los excesivos intereses de la deuda, junto con la pronunciada baja de los precios de los productos de exportación en el mercado internacional y el excesivo proteccionismo al que éstos se vieron sometidos, no sólo dificultaron sino que imposibilitaron el cumplimiento de los acuerdos de integración; pero, aún más, el desarrollo no sólo se estancó sino que decreció en tal forma que la inestabilidad y las tensiones sociales continúan hoy por hoy amenazando la precaria democracia de sus sistemas políticos. En este difícil trance, la necesidad de unión y solidaridad ante la adversidad común afloró; se dio un intento de unión en vista de una negociación conjunta del pago de la deuda que estaba cancelando todos los años de esfuerzos y sacrificios por integrar las heterogéneas economías y complementarlas mediante la integración. La estrategia fracasó aunque se llegó al consenso,⁴¹ pues la hábil política de "divide y vencerás" fue aplicada por la arrogante y amenazadora diplomacia de Estados Unidos.

Al menos se pudo remover el polvo que había caído sobre los mecanismos políticos como instrumentos necesarios en la estrategia de la integración frente a los intereses de los monopolios financieros. Por desgracia, éstos duraron muy poco y, ante el peso de la crisis y de los interminables ajustes y reestructuraciones económicas de la década de los noventa, que la marejada globalizadora iniciada en México y extendida hasta el Asia y Rusia se encargó de arrasar, han sumido a los países del Pacto y a sus pueblos en la miseria y la marginación.

EL MERCOSUR

Fue justamente en la época más álgida de la crisis de la deuda, en la que los anhelos integrativos latinoamericanos se subordinaron a las políticas de ajuste, cuando los gobiernos de Argentina y Brasil, entendiendo que éste no era sólo un problema de endeudamiento externo sino que revelaba las debilidades del proceso industrializador en nuestros países, toman la decisión política de impulsar un reacomodo general de sus economías, mediante la aceleración del proceso de

incrementado en casi 100 millones de dólares en 8 años (y eso), a pesar de que los países de América Latina y el Caribe se convirtieron en exportadores netos de capital al transferir fuera más de 200 millones de dólares, casi la mitad de su deuda actual".

⁴¹ Once países latinoamericanos miembros del Consenso de Cartagena acosados ya por la perversa estrategia de exprimir al máximo a nuestras debilitadas economías y, más que nada, presionados por sus pueblos, al borde de la explosión social, exigieron a los acreedores menos "reuniones trimestrales para cobrar intereses vencidos". Cfr. Henry Kissinger, "Building a Bridge of Hope to Our Latin Neighbors", en *The Washington Post*, 25 de julio de 1985, p. A. 15. Pidieron a los países desarrollados negociar mejores condiciones para el crecimiento de América Latina. El documento que resume estas propuestas es la Declaración de Montevideo, cuyo título es por demás expresivo: "Propuestas de emergencia para las negociaciones sobre deuda y crecimiento". Ver a este respecto, *Comercio Exterior*, México, vol. 36, núm. 1, México, enero de 1986, pp. 77-79.

integración bilateral, como un modo de explorar nuevas vías para fortalecer y ensanchar el espacio económico regional latinoamericano.⁴²

En poco más de un lustro, Argentina y Brasil, y sus dos socios Uruguay y Paraguay, partiendo del Programa de Integración y Cooperación Económica,⁴³ constituyeron una unión aduanera liberando la mayor parte de su comercio y estableciendo una tarifa externa común que abarca el 85 por ciento del universo arancelario. El restante 15 por ciento, lo manejarán escalonadamente para llegar a la conformación del mercado común el primero de enero del 2006.⁴⁴

Los logros han sido extraordinarios, ya que de 1985 a 1994 el comercio intrarregional aumentó seis veces, a una tasa del 22 por ciento anual, con lo que los socios del MERCOSUR han consolidado su posición interna e intrarregional y están mucho mejor preparados para la nueva etapa de competencia mundial por eficiencia y rentabilidad, que se vislumbra para los comienzos del nuevo siglo.

No obstante, la presión estadounidense por imponer el modelo globalizador, privilegiando la liberalización comercial, la desregulación estatal y la privatización de la riqueza social, en aras de hacer valer el principio fundamentalista de lograr por esas vías el desarrollo nacional, regional y mundial, que nos asegurarán la redistribución equitativa de las riquezas y el bienestar individual y social, está quebrando en sus bases esta solidaria integración, por lo que el futuro del MERCOSUR se vislumbra sombrío.

Al margen de continuar discutiendo las supuestas bondades de la globalización o de la mundialización (que nos ha deparado un mínimo crecimiento, una enorme vulnerabilidad financiera, una tremenda concentración de las riquezas, junto con una progresión acelerada del desempleo y la pobreza, así como una mayor ampliación de la brecha ya existente entre las naciones poderosas y las marginadas), éstas, como ya lo hemos señalado anteriormente, no subsumen o subordinan los procesos de regionalización y de nacionalización a partir de los cuales los Estados nacionales, sea como entidades individuales o colectivamente, estructuran endógenamente sus estrategias, por fortuna, hasta el momento, con un cierto margen de libertad de maniobra para tratar de consolidar a un alto costo social sus maltrechas economías y fortalecerse nacional y regionalmente. Esto es, asimilando de modo activo la creciente mundialización de la economía, de la sociedad y de la cultura.

Es válido señalar, para finalizar este apartado, que el éxito de los esfuerzos integradores regionales y del fortalecimiento endógeno de las economías naciona-

⁴² En la Declaración de Foz de Iguazú, del 30 de noviembre de 1985, que se concretó con la firma del Acta de Integración Argentina-Brasileña el 29 de julio de 1986, la cual estableció el Programa de Integración y Cooperación Económica (PICE) que luego culminó con el Tratado de Integración, Cooperación y Desarrollo que entró en vigencia el 23 de agosto de 1989, el que culminó con la firma del Tratado de Asunción que estableció el MERCOSUR con la Incorporación de Paraguay y Uruguay, el 26 de marzo de 1991.

⁴³ Ver "Integración regional: desafíos y opciones", *op. cit. ant.*, p. 70.

⁴⁴ Ver Aldo Ferrer, "MERCOSUR: trayectoria, situación actual y perspectivas", en *Comercio Exterior*, México, vol. 45, núm. 11, noviembre de 1995, pp. 819-831.

les no puede supeditarse a la fuerza inercial del vendaval globalizador que nos tiene hundidos en el endeudamiento externo, en la dependencia financiera con los cuales intentamos salir de nuestros *deficits* comerciales y equilibrar nuestras balanzas de pagos; todos ellos, reflejo de nuestra inercia política, fruto de anteriores estrategias frustradas y reforzada por los condicionamientos a los que nos han sometido los acreedores con sus políticas neoliberales.

El éxito futuro del MERCOSUR, la más avanzada experiencia integrativa regional latinoamericana, estribaría en el abandono del modelo neoliberal que delega a los automatismos mercantiles la responsabilidad de la estabilidad y el crecimiento de nuestras economías. Ya nos equivocamos, y por muchos años, haciendo de nuestras estrategias integrativas regionales una función dependiente de los mecanismos económicos, de las libres fuerzas del mercado. Un serio replanteamiento de este dogma falaz, mediante la participación democrática, promotora de una decisión política capaz de hacer convergentes nuestras estrategias nacionales para fortalecernos interna y regionalmente, puede garantizarnos la recuperación de los equilibrios macroeconómicos necesarios para poner las bases de un desarrollo más humano, esto es, el logro de una mayor libertad con mejor vida.⁴⁵

Evaluación y perspectivas de la integración latinoamericana

En las experiencias integrativas latinoamericanas relatadas, por ser las de mayor impacto, y en las muchas otras de índole diversa no mencionadas –tales como la Asociación de Libre Comercio del Caribe (CARIFTA), la Comunidad del Caribe (CARICOM), el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) y demás agrupamientos derivados de las anteriores experiencias que se han dado en toda la región–, se vivió la ilusión de que la industrialización, mediante la estrategia integracionista, sería la panacea para lograr la prosperidad en nuestros países. En estricto rigor, ésta la lograron los sectores minoritarios que en toda la región se integraron “hacia afuera”,⁴⁶ en un nivel de subordinación al proceso de globalización de la economía iniciado por las transnacionales que ya habían flanqueado las barreras de la posindustrialización. Los logros señalados en el comercio intralatinoamericano, en la relativa industrialización regional, en la elevación del ingreso global durante los

⁴⁵ Ver a este respecto: F. Dávila “La Unión Europea y el TLCAN frente a la globalización, la regionalización y el nacionalismo”, en Rosa María Piñón, *op. cit.*, pp. 167-197.

⁴⁶ Generalizando la afirmación de Antonio García aplicable al caso de la integración andina, hablamos de la integración “hacia afuera” de toda América Latina, cuando la misma ha beneficiado a los países altamente industrializados, conductores del proceso de globalización mundial, y no a la región, como era la expectativa. Así, con la táctica del caballo de Troya, éstos tomaron para sí las condiciones favorables y las ventajas aparejadas a la política de sustitución de importaciones diseñada para la región. Dispusieron de recursos naturales, mano de obra barata y de los ahorros internos. Tuvimos así la esperanza de una integración que venía “desde abajo y desde adentro” pero en realidad resultó venir “desde arriba y desde afuera”. Cfr. A. García, *Problemas y posibilidades de la integración andina*, Fundación F. Neumann, 1974.

veinte años que siguieron al inicio de la estrategia, se han visto opacados por los resultados de los últimos quince años.

Vale la pena enumerar algunos de ellos, pues serán fuentes potenciales de conflictos y de dificultades en el futuro próximo. En primer término, la amenaza de la gran depresión económica de toda la región, no sólo debida al endeudamiento externo asfixiante, sino a la recesión mundial que se presenta ahora como una amenaza constante, seguida de una inestabilidad financiera que pone en jaque cualquier estrategia de estabilización económica emprendida por nuestros países. Ello nos señala que este lento crecimiento regional no es de ningún modo un momento coyuntural sino que se remite a problemas de fondo difícilmente solucionables en los próximos años, aún contando con la ayuda internacional que cada vez resulta más escasa y de muy altos costos sociales, dadas las exigencias del modelo neoliberal globalizador que finca el bienestar de los países poderosos sobre la mayor marginación de los países débiles, que son la mayoría.

Esto trae consecuencias inmediatas de tipo económico y social que hacen de la región un espacio proclive a la agudización de los conflictos sociales que, en cualquier momento, pueden explotar.

En segundo lugar, el estrangulamiento externo del comercio regional, que siempre ha sido la vena aorta que nos ha librado del colapso económico, tiende a agudizarse en la medida en que las economías de los países industrializados reajustan sus propias bases y, por tanto, disminuyen la demanda de nuestros productos y se niegan a realizar inversiones en el campo productivo, pues éstas les parecen como poco o nulamente redituables en el corto plazo y además riesgosas dada la inestabilidad de nuestras economías y sociedades.

En tercer lugar, es preocupante la sangría de nuestras riquezas en efectivo, en productos o en recursos humanos y naturales, porque ésta obstaculiza cualquier *solución endógena* encaminada a renovar los canales de captación interna del ahorro para la necesaria formación de capital, rubro indispensable para un lento pero firme arranque de la economía de nuestros países y de la región; además de ponemos a merced de los acreedores externos, los que condicionan severamente cualquier préstamo otorgado que no redunde directamente en beneficio de sus intereses.

A todo esto cabe añadir el reducido espacio de la integración comercial global de la región, el cual es de un 10 por ciento en promedio entre los países de la ALADI y de un 15 por ciento entre los del MCCA. Lo anterior, en lugar de anudar los lazos de interdependencia y de solidaridad tiende a profundizar las heterogeneidades y disparidades. Esto explica los desequilibrios entre las balanzas comerciales de nuestros países y la creciente vulnerabilidad e inestabilidad del comercio, acentuada por bruscas variaciones en los tipos de cambio, en las tasas de interés y demás políticas restrictivas de un comercio que tiene dificultades para ampliarse, pues pierde el incentivo de las ventajas comparativas de la especialización y, lo que es peor aún, a inhibir cualquier política de fomento de las inversiones, necesarias para mantener al menos el aparato productivo.

En estas circunstancias difíciles y frustrantes, y por el sombrío panorama que aún se vislumbra en el futuro próximo, retomar la estrategia de la integración regional parecería carente de sentido práctico y de imaginación; sin embargo, por paradójico que parezca, las promesas de la era globalizadora, a pesar de los tremendos sacrificios a los que se ha sometido y que han dado como resultado más de cien millones de personas en extrema pobreza en América Latina, no han dejado de ser un flagrante engaño.

Vale pues repensar con seriedad la estrategia de integración, bajo las premisas políticas firmes del fortalecimiento nacional y regional que nos habilitan para asumir positivamente la mundialización de la economía, de la sociedad y de la cultura sin perder nuestras identidades y nuestras diferencias, en un entorno de pluralidad y democracia, como es el objetivo de la Unión Europea y de su exitosa entrada en la Unión Monetaria.

Logros de la integración económica europea

Las exitosas estrategias de integración europea, que a continuación vamos a exponer, nacieron de la voluntad e imaginación de esos viejos pueblos finalmente subyugados por sus excesos nacionalistas-estatales. Esto es, por los exacerbados intereses particularistas de fortalecerse a expensas y mediante el dominio y explotación de otros pueblos, sin vislumbrar, hasta que estuvieron dominados, la necesidad de integrarse como una unidad diversa en riquezas materiales y sociales que era preciso no sólo conservar sino incrementar, para el fortalecimiento tanto regional y nacional, como local e individual.

Ello, frente a las ilusiones de la ideología globalizadora estadounidense que es una tentación permanente, tanto por el deslumbramiento de sus avances tecnológicos y mercantiles, como por el extremado consumismo en el que se expresan, el cual finca en el poseer en abundancia la clave de la felicidad y libertad humanas, sin percatarse de los ingentes costos que esta estrategia significa, pues trunca en su raíz —con la soberanía del mercado— el ser y el devenir humanos que se fincan en la cooperación, colaboración y ayuda comunitaria, en la sociabilidad humana, que no descuida por el logro del bien individual el bien social y viceversa. Lo que significa que amplía e incrementa el goce y el disfrute de los anteriores valores —los de felicidad y libertad— y añade otros que pueden resumirse en la buena vida,⁴⁷ sin perjudicar a los otros, al contrario, se logran inmejorables condiciones para todos.

Es preciso constatar que una de las tres fuerzas centrífugas que atraen y generan la mayor parte de los recursos económicos mundiales es la Unión Europea.

⁴⁷ Ver a este respecto K. Boulding, *The Economy of Love and Fear: A Preface to Grants Economics*, Belmont, California, Wadsworth Publishing Co., 1973; también cfr. D. Arrow, "Preface" a B. A. Weisbrod (ed.), *Public Interest Law. An Economic and Institutional Analysis*, Berkeley, University California Press, 1978 y S. C. Kolm, *La bonne économie. La réciprocité générale*, París, PUF, 1984.

En Europa, ésta se ha convertido en la principal fuerza, no sólo económica sino también política al derrumbarse el sistema comunista. Su antiguo competidor, la ex Unión Soviética, dejó un vacío político que la Unión Europea no ha sido capaz de llenar a través de una política exterior de alcance mundial; sin embargo, la ausencia de otros liderazgos en la región la convierten en el interlocutor con mayor peso político en el continente.

Además, toda referencia a bloques comerciales o procesos de integración regional necesariamente remite, en una primera o última instancia, al proceso de integración experimentado por la Unión Europea. Ésta constituye un caso *sui generis*, independientemente del enfoque analítico bajo el cual se la estudie. En el ámbito institucional, por ejemplo, la interrelación que experimentan los países miembros de la Unión Europea, tanto en el proceso de toma de decisiones, como en el campo de su ejecución, ocurre en dos esferas del quehacer político diferenciadas entre sí pero perfectamente coordinadas. Esta interacción se da tanto en el ámbito nacional como en el comunitario, dotado este último con instituciones supranacionales, es decir, por encima del Estado-nación.

En todos los casos corresponde a la Comisión Europea, órgano ejecutivo con poderes supranacionales, proponer al Consejo de Ministros (órgano intergubernamental) las iniciativas de ley que fortalezcan la integración; compete a este último aprobarlas o rechazarlas, pero en ningún caso podrá enmendarlas. Toca al Parlamento Europeo la supervisión de todas las iniciativas de ley, y al hacerlo está obligado a atender los intereses de los ciudadanos europeos, a quienes representa. Incluso, de existir un conflicto de intereses cuya trascendencia así lo ameritara, el Parlamento Europeo puede, por ley, solicitar la dimisión en pleno de la Comisión Europea. Dicha situación nunca se ha presentado, sin embargo, esa facultad del Parlamento expresa no sólo las competencias con las que se ha dotado a dicha institución, sino también las aspiraciones democráticas de la población.

El objetivo del trabajo interinstitucional, tanto a nivel comunitario como entre el Consejo de Ministros y las instancias supranacionales, es fortalecer a la Unión Europea a través de acciones comunitarias en aquellos sectores de la actividad productiva, política y social, previamente identificados y consensados como prioritarios. La acción comunitaria firme y decidida que han mostrado estos órganos de gobierno refleja la voluntad política de los países miembros para darle fuerza jurídica y poder político a sus instituciones comunitarias. De ahí la importancia que ha cobrado también el Tribunal de Justicia, cuyas resoluciones tienen, por ley, que ser acatadas por los países miembros de la Unión Europea.

Las instituciones de carácter intergubernamental propias del Estado-nación, como el Consejo de Ministros, comprenden a todos los secretarios de Estado de los países miembros, según sea el tema o sector a tratar y/o negociar. Si se trata de cuestiones agrícolas, serán los ministros de agricultura los encargados de representar los intereses de sus respectivos países, y así sucesivamente, según la problemática a tratar. Cuando la importancia de las reuniones (conferencias

intergubernamentales) lo amerita, son los propios jefes de gobierno los que representan los intereses de sus países ante el Consejo de Ministros. Desde sus orígenes, éste ha jugado un papel central en el proceso de integración: ha sido el órgano encargado de dotar a las instituciones de la antigua Comunidad Económica Europea, ahora Unión Europea, de la estructura legal y de la competencia con poderes supranacionales que detentan las instituciones comunitarias, marcando el rumbo de las mismas. -

Claro testimonio de ello ha sido el proceso de integración experimentado por los países miembros de la Unión Europea a lo largo de su recorrido histórico. Poco tiempo después de haber finalizado la Segunda Guerra Mundial, los gobiernos de Francia, Alemania, Bélgica, Luxemburgo, Holanda e Italia, así como los de los países que se sumaron a dichos esfuerzos, han expresado a través de acciones concretas la voluntad política de traspasar una y otra vez el ámbito de lo nacional, para encontrar soluciones a los problemas económicos y sociales internos, a través de una instancia superior, una instancia comunitaria que velara por el bien de todos. A lo largo de esa larga jornada integradora, los europeos han tenido una clara conciencia de que la unión entre ellos redundaría en beneficio de la fortaleza interna y externa de todos y cada uno de los países miembros.

La pérdida de soberanía a favor de un bienestar económico y social mayor no ha significado para los países miembros de la Unión Europea un alto costo político. Por el contrario, ha representado a lo largo del proceso de integración económica una solución a problemas cuya complejidad escapa no sólo al ámbito nacional, sino que, unidos, estos países han adquirido una fuerza que difícilmente podría tener alguno de ellos en lo individual. Ello es válido aún para poderosas economías europeas, como la alemana, la francesa, la británica y la italiana, que por sí solas no podrían asumir los retos que plantea la globalización de la economía mundial.

El alto bienestar social alcanzado por los europeos es hoy una realidad, no obstante los graves problemas de desempleo que enfrenta la Unión Europea y que constituye uno de sus principales desafíos. En efecto, esta situación representa el principal problema y el mayor reto a vencer. Cabe señalar que ha sido el bienestar social alcanzado lo que le ha dado legitimidad al proceso de integración económica y ha impulsado a los gobiernos europeos hacia la búsqueda de opciones distintas a las tradicionales, es decir, aquéllas que derivan exclusivamente de las acciones del Estado-nación y circunscritas al ámbito de los intereses internos. El juego se ha vuelto cada vez más complejo, pero al mismo tiempo más enriquecedor; tendrán que encontrar esa fortaleza interna a través de la acción comunitaria y viceversa.

El proceso de integración de la Unión Europea logró conjuntar a países históricamente enemigos a través de un anhelo común: la paz en Europa. La lección de las dos guerras mundiales fue aprendida por los europeos. Dos sectores clave en la actividad económica de Francia y Alemania, el carbón y el acero, lograron en la posguerra, vía la creación en 1952 de la Comunidad Europea del Carbón y el

Acero (CECA), tejer una intrincada red de intereses comunes de muy diversa índole que actuaron en favor de la unión e hicieron posible años después: 1) la creación de la unión aduanera; 2) el mercado común agrícola; 3) la puesta en marcha del mercado único en 1993, y con él, la libre circulación de mercancías, capitales, mano de obra y servicios en general, y 4) para el 2001, alcanzar una de las metas que más dificultades les ha ocasionado: la creación de una moneda común, el Euro. Éste contribuirá a la consolidación de la integración económica de la Unión Europea, toda vez que los europeos estarán obligados a manejar el ámbito fiscal en consonancia con la política monetaria. La moneda única le dará además una mayor fuerza al mercado único, toda vez que por él fluyen cuantiosos montos de recursos económicos.

En 1995, por ejemplo, las exportaciones de ese gran bloque comercial representaron 569 mil millones de ecus y sus importaciones 544.7 mil millones de ecus. Estos montos seguramente se acrecentarán con la puesta en marcha de la moneda única. Aunque no hay una cifra precisa, se estima en miles de millones de ecus el ahorro monetario que la moneda única traerá a las economías de los países miembros. Cabe señalar también que gran parte de ese comercio se realiza al interior del mercado europeo. De hecho, más del 62 por ciento (expresado en exportaciones e importaciones) correspondió, en 1995, al comercio intracomunitario, con el apoyo decidido de las autoridades e instituciones creadas para ese propósito.

A ese esfuerzo comunitario inicial se fueron sumando otros países en distintos momentos de la historia de la integración de la Unión Europea: Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca en 1973; Grecia en 1981; España y Portugal en 1986, y Finlandia, Austria y Suecia en 1995, para configurar el bloque regional que hoy se conoce como la Europa de los Quince. A la Europa comunitaria, que en el futuro próximo está llamada a albergar a países del antiguo bloque comunista: Polonia y la República Checa, que junto con Hungría esperan la luz verde que el recién concluido Tratado de Amsterdam ha dado a la Comisión Europea para iniciar negociaciones con esos países y de concluir éstas en forma exitosa, permitirles su incorporación a la Unión Europea.⁴⁸ Sin embargo, serias dificultades están a la vista: la ampliación del voto por mayoría se ha quedado corto en el Tratado de Amsterdam, y la toma de decisiones con 15 miembros es cada vez más difícil y se prevé que en el futuro lo será aún más. Es muy posible que la Unión Europea en unos cuantos años comprenda 20 países o más.

Lo anterior alude a la fortaleza económica y política que representa la Unión Europea en el contexto internacional. Esta cuenta con uno de los productos brutos internos más importantes del mundo. A precios corrientes, en 1994 disponía de 6 mil 192 millones de millones de ecus, que convertidos en dólares significan un monto mayor, dada la tasa cambiaria a favor del ecu. El alto ingreso per

⁴⁸ Interés que comparten muchos otros países de Europa del Este y de América Latina, aunque el nivel de acercamiento a ese bloque comercial adquiera modalidades distintas.

capita de sus habitantes, al ser también uno de los más elevados del mundo, atrae flujos de bienes y servicios procedentes de todas partes. El Mercado Común, a escasos años de su puesta en marcha, se erige hoy como el mercado más grande del mundo: participa con el 20 por ciento del comercio mundial y su comercio exterior refleja un gran dinamismo. Después de Estados Unidos constituye, además, el principal centro de atracción para los capitales internacionales.

En el campo de la integración política, a la Unión Europea le falta por recorrer un largo camino. Tanto su política exterior como la de seguridad nacional no han logrado despegar con la fuerza esperada por Francia. La Unión Europea no ha podido contrarrestar de manera efectiva el peso político que Estados Unidos tiene en todas y cada una de las instancias del poder político mundial, llámese Naciones Unidas, OTAN u otros organismos internacionales. Gran parte de la debilidad política de la Unión Europea deriva de la falta de decisión de los propios países miembros. Los intereses políticos individuales aún están presentes. Los avances comunitarios en materia de política exterior y seguridad nacional reflejan las fuertes pugnas políticas que sacuden a los Estados nacionales, no obstante que entre sus objetivos de largo plazo sigue estando presente hacer avanzar a la Unión Europea hacia la integración política. Sin embargo, el éxito experimentado se debe principalmente a los logros obtenidos en el ámbito de la integración económica. Ésta ha logrado no sólo hacer de la Unión Europea el bloque comercial de mayor peso económico en el mundo, sino también, el bloque que ha alcanzado una mayor consolidación, al haber sido capaz de atender⁴⁹ no sólo los intereses de las poderosas economías que lo conforman, sino también los intereses y las preocupaciones de los países pequeños o pobres. Aún en las economías que menos recursos tienen, como Grecia y Portugal (sobre todo si el parámetro de comparación son las economías más fuertes), los estándares de vida se han elevado a tal punto que hoy son superiores a los de los países en desarrollo, entre los que México no es la excepción. Las actuales diferencias entre esos países y México no sólo son considerables, sino más grave aún es que a principios de los años setenta ocurría una situación inversa: el ingreso *per capita* de los mexicanos era mayor. El proceso de integración de Grecia y Portugal con la Unión Europea da testimonio de los beneficios que estos países han alcanzado. El caso de España (si bien cabría matizar algunos aspectos) tampoco se diferencia sustantivamente de esos ejemplos. Todos esos países europeos han logrado, con ayuda de cuantiosos montos financieros (fondos comunitarios dedicados a ese propósito), superar serios rezagos económicos y sociales que experimentaban tiempo atrás.

En Portugal, por ejemplo, una buena parte de los fondos regionales de la Unión Europea han sido dirigidos hacia obras de infraestructura, pequeños proyectos turísticos y empresariales, con óptimos resultados. Se ha logrado incluso

⁴⁹ Eurostat, *Retrato Estadístico de la Unión Europea*, Luxemburgo, Eurostat, 1996, p. 10. La paridad cambiaria del ecu si bien fluctúa con respecto al dólar, representa alrededor de 0.95 ecus un dólar.

frenar la emigración de los trabajadores del campo hacia las ciudades y el extranjero. Se ha creado un importante número de vías de comunicación, plantas depuradoras de agua, parques y zonas de recreo, hospitales y centros educativos que han dado una nueva fisonomía a los pequeños poblados. Han surgido nuevas industrias con base en pequeñas unidades productivas o cooperativas organizadas en empresas modernas que han mejorado las condiciones de explotación de los recursos naturales, con base en nichos de mercado inexplorados o insuficientemente atendidos. Las micro empresas han logrado garantizar la conservación de los empleos en las zonas rurales. El turismo también juega un papel importante. Una suma importante de los recursos comunitarios se canaliza hacia el desarrollo de infraestructura y servicios que logre atraer hacia pequeños poblados al turismo europeo.

Entre 1994 y 1999, la Unión Europea ha aportado a Grecia más de 25 mil millones de dólares para el desarrollo de la infraestructura hacia el despegue económico de ese país. El 75 por ciento de dicho financiamiento proviene de los países más ricos, entre los cuales están Francia y Alemania. La Unión Europea paga las dos terceras partes de la inversiones totales que dicho país realiza en materia de infraestructura física.

Analizadas sucintamente, las estrategias integrativas europeas y comparadas con las que se han dado hasta ahora en América Latina, incluida la experiencia del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, salta a la vista la diferente dinámica de ambas. En el caso de las dos anteriores, los objetivos centrales de equilibrar las asimetrías interregionales y mejorar los estándares y calidad de vida de la población de los países que se adhirieron, se han supeditado a la mera ampliación del comercio, lo que contrasta con las estrategias de la Unión Europea. En ésta, los países miembros se fueron planteando nuevos propósitos que fueron más allá de la ampliación del comercio y, vía la cooperación y los fondos económicos aportados por las economías más ricas, se fueron creando las condiciones para que las zonas más atrasadas fueran superando sus rezagos. Existe tal interés por la integración económica, que prácticamente ninguno de los países llamados pobres –España, Irlanda, Grecia y Portugal–, quiere quedar fuera de la gran meta propuesta por los Tratados de Maastricht: la unión económica y monetaria y, por consiguiente, el uso del euro en todas las transacciones económicas, comerciales y financieras de la Unión Europea no es una mera formalidad, implica un esfuerzo común para solucionar juntos los problemas generales que aquejan a todos y los que pesan sobre cada país, pero que de un modo u otro impiden un mayor fortalecimiento de toda la Unión.

En lo que respecta a las estrategias latinoamericanas y de América del Norte, no queremos detallar con ejemplos lo que antes aseveramos; pero sí vale la pena revelar el caso de México y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el TLCAN, que en los noventa se dotaría del marco jurídico necesario para dar lugar, en 1994, a la creación formal de la zona de libre comercio entre México, Estados Unidos y Canadá.

El salto gigantesco que estos países dieron en materia de liberalización comercial, cubriendo prácticamente todos los sectores de la actividad económica, contrasta con las acentuadas asimetrías que existen entre los mismos. En la punta de los dos extremos se sitúan las economías de Estados Unidos y México, pero mientras que la primera es la más poderosa del planeta, la segunda ni siquiera encabeza al grupo de los países en desarrollo. Canadá, por su parte, integra el selecto Grupo de los Siete, es decir, el grupo de las naciones más ricas del planeta, que en conjunto definen las pautas a seguir por la economía internacional. No se vislumbra sino un interés retórico por equilibrar estas diferencias mediante la cooperación y la ayuda mutua, y lejos de esto, se da una fuerte competencia desigual y disputas intra-bloque que ahondan más las asimetrías.

El rescate financiero que el gobierno de Estados Unidos brindó al gobierno de México a principios de 1995, tuvo entre sus propósitos rescatar a los inversionistas de Wall Street, atrapados en bonos gubernamentales. Dicho préstamo derivó incluso en una ganancia a favor de Estados Unidos del orden de 500 millones de dólares y fue cubierto por México en un plazo menor al pactado, a un elevadísimo costo que puede resumirse en una mayor subordinación económica frente al Gran Socio y en un gran deterioro de las condiciones sociales de la mayoría de la población mexicana.⁵⁰

Además, en ninguno de sus apartados, el TLCAN y la Estrategia de las Américas, que es el proyecto de integración global de toda la región, contemplan algún tipo de apoyo económico que haga posible revertir, a través de su canalización a proyectos y acciones específicas, los enormes rezagos económicos y sociales de países miembros que los padezcan.

Al contrario, y siguiendo con el caso de México, cabe citar el campo de la producción, en el que la desarticulación de la cadena productiva se ha convertido en un serio obstáculo que dificulta el avance del crecimiento económico, no obstante el dinamismo que refleje en un momento determinado el comercio exterior. Según cifras oficiales, México exportó en 1997 a Estados Unidos alrededor de 110 mil millones de dólares; empero, los beneficios de esa acción no se hicieron extensivos a muchas otras ramas de la actividad industrial, sino que se centraron en un segmento muy reducido, liderado por las filiales de las corporaciones transnacionales de origen estadounidense.

Conclusión

Queda, para concluir esta visión global de los cambios que pueden incidir en un esfuerzo más genuino de cooperación y solidaridad comunitarios, considerar brevemente el escenario mundial. Éste, con mayor celeridad y dinamismo que en la

⁵⁰ Se discuten estos planteamientos en F. Dávila, "Identidad, soberanía y nacionalismo en México en la era de la globalización", en *Estudios Políticos*, México, FCPyS, UNAM, núm. 24, mayo-agosto del 2000.

década de los años ochenta, nos está mostrando un universo donde el aislamiento y la debilidad se están compensando con la negociación de los conflictos, base para una cooperación y ayuda recíproca entre los países. El despuntar de Europa en camino a su unificación monetaria en el 2001, con una Alemania y una Francia unidas, precisamente para reconstituirse nacionalmente y ahondar la integración regional para alcanzar la tan anhelada unidad política, es para la integración regional latinoamericana, y para México en particular, de gran apoyo político.

Los vientos de recesión o de decrecimiento del desarrollo económico mundial nos pueden deparar grandes dificultades que, añadidas a las ya existentes si realmente no nos ayudamos y cooperamos, golpearán fuertemente a todos y especialmente a las grandes economías. Europa, y en especial la Unión Europea en pleno proceso de integración monetaria, nos puede ser de gran ayuda una vez que ésta coadyuve a resolver los problemas de su entorno inmediato; lo que facilitará una más amplia colaboración con los países del Este que retornan, junto con la Unión Soviética –enorme reservorio de recursos humanos y naturales–, al seno de la Nueva y Gran Europa.

o) Todo lo anterior introduce variaciones significativas en el escenario mundial de fin de siglo y en el futuro, que necesariamente están ya afectando y repercutirán en los espacios económicos, políticos y sociales de América Latina y de México, en especial.

ii) Por otro lado, el ascenso vertiginoso de Japón al rango de segunda economía mundial, con una enorme base comercial y un gran potencial para expandirse en la Cuenca del Pacífico, que cubre amplias zonas de Asia, Australia y de América, con serias perspectivas de emular o rebasar en algunos aspectos el poderío industrial y tecnológico de Estados Unidos. Esto, siempre y cuando Japón reconstruya su estructura nacional y la adapte para el ejercicio del liderazgo entre los países de su entorno inmediato, rompiendo la estrategia de su pragmatismo comercial mediante una verdadera integración que signifique ayuda y cooperación para el fortalecimiento de los países y de la región asiática que ahora experimentan la resaca de los acelerados esfuerzos modernizadores al impulso del capital financiero, ávido de fáciles ganancias, realizadas al amparo de las fuerzas invisibles del mercado.

o) Más cercano a nosotros –ya lo hemos avisado– se yergue Estados Unidos, la primera economía del mundo, gozando de una no tan milagrosa expansión, estable como una enorme roca en el mar de inestabilidad mundial que ahora nos aqueja, y que continúa ofreciéndonos paz y prosperidad, siempre y cuando nos unamos a su estrategia globalizadora. La oferta es tentadora, unimos al potente bloque integrado por Canadá y México (este último considerado como puente de unión con el subcontinente latinoamericano) nos traerá prosperidad y democracia.

⁵¹ Ver "Beneficios parciales del TLC, reconoce Jeffrey Davidow", en *El Financiero*, México, 2 de octubre de 1998, p. 10.

Ésta es en esencia la propuesta de la "Iniciativa de las Américas", que dio lugar a la Cumbre de las Américas, en la que 34 jefes de gobierno resolvieron iniciar, de inmediato, un programa de trabajo para constituir el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en la que para el año 2005 se eliminarán, progresivamente, las barreras al comercio y a la inversión.

En realidad se puede especular sobre el futuro de esta propuesta. De hecho, con la firma del TLCAN, el comercio entre los socios se ha incrementado y con éste la generación de empleos. En el caso de México, los 80 mil millones anuales de dólares a los que ascendía su comercio con Estados Unidos, para 1998 ascendió a 200 mil millones, o sea, 2.5 veces más en el lapso de 5 años. Por desgracia, estos éxitos mercantiles no han derivado, como fue la promesa, en un mayor bienestar social para la gran mayoría de la población mexicana.⁵¹ Los beneficios del TLCAN se relativizan y contrastan más si constatamos que a un aumento de los precios de los productos básicos de un 550 por ciento, en los últimos cuatro años, los salarios se incrementaron sólo en un 73 por ciento, lo que significó una reducción real del poder adquisitivo del 34.87 por ciento en ese mismo lapso.⁵²

Sea lo que fuere en el futuro, el ALCA no existe más que en el papel, pero lo podemos constituir en el presente. Es preciso, entonces, consolidar fuerzas nuevas, económicas y políticas, en el subcontinente latinoamericano y en México, que, de modo comunitario, nos ayuden a superar nuestros recelos, nuestros "mezquinos intereses nacionales", para fortalecernos nacional y regionalmente, y así tomar las mejores opciones juntos, cuando las presiones de los "intereses de los imperios económicos" nos quieren una vez más dividir para imperar.

Sólo de este modo nuestra región podría responder a los retos del futuro, mediante un replanteamiento serio de una nueva estrategia de integración que asimile las lecciones del pasado y genere nuevas formas de negociación y de superación de los conflictos internos, en tal forma de presentarnos como un bloque amplio y poderoso frente a los demás que no podrán consolidarse sin que los desequilibrios, desajustes y las carencias de toda índole en sus zonas de influencia económicas y políticas africanas, asiáticas y latinoamericanas sean, al menos, paliados.

Es dentro de esta estrategia, apenas esbozada, que podría interpretarse el nuevo entendimiento mutuo que se viene forjando, no sin dificultades, entre los países latinoamericanos. Al menos por el momento ya se dispone de un foro común para plantear los problemas más álgidos y urgentes, lo que contribuye no sólo a crear la necesidad de llegar a un acuerdo, sino a emprender acciones concretas de cooperación para la integración regional que refrenden los compromisos contraídos y generen otros necesarios para poner la estrategia en marcha.

El camino por recorrer no será fácil, pues las presiones y amenazas del Imperio del Norte nos volverán a acechar, una vez más, para dividirnos. El sueño acariciado de la integración que siempre ha rondado como un fantasma en la

⁵² Cfr. "Análisis de la Universidad Obrera de México", en *El Financiero*, México, 2 de octubre de 1998, p. 13.

conciencia de nuestros pueblos no debe ser una quimera, sino una realidad que se construye.

La globalización económica no puede llevarse a cabo constituyendo una nueva satelización del mundo, donde los países de escaso o mediano desarrollo apunten el nuevo despegue de los altamente industrializados, sino cultivando una colaboración y cooperación que integre y unifique, que no se pliegue al imperio del mercado que hegemoniza y empobrece.

La mundialización tiene que ser una promesa positiva para todos; ésta coexiste y se construye junto con la regionalización y la nacionalización, las cuales son formas imaginativas que ofrecen a las distintas integraciones sociales, variadas y distintas modalidades de existencia, en donde la felicidad, la libertad y la buena vida pueden florecer en condiciones inmejorables para todos, a pesar de los conflictos inherentes que hay que superar para alcanzarlas.

México, a 19 de febrero de 1999.